

# Los Perros

Gerardo Sánchez

«AQUÍ ESTÁ LA CANIJA” “AGÁRRENLA Y CUÉLGUENLA COMO AL PERRO”»

Escuché gritar a la turba cuando me encontraron escondida debajo de un camión; yo pensaba que siendo tan flaca y tan chiquita no me iban a ver, pero esa bola de gente apenas me vio las patas me correataron y se lanzaron como coyotes hacia mí. Me amarraron y torcieron como si hubiera matado a alguien, igualito que hicieron con mi hermano. Pero lo cierto es que nosotros no habíamos matado a nadie, nosotros nomás queríamos saborear algo decente sin tener que hurgar en la basura.

Todo el alboroto parecía procesión en semana santa, porque clarito vi a todos amontonados en el quiosco del pueblo, ahí mero donde estaba mi hermano linchado y ensangrentado mientras le gritaban: “Maten a ese pinche perro”.

Así era como nos llamaban, los perros.

Desde que yo recuerdo, siempre he vivido con mi hermano y nada más. Mi hermano no sabía su nombre ni el mío, y es que me contó que le contaron que mi mamá nos dejó antes de ponernos un nombre. Por eso tuvimos que andar sufriendo entre paredes y calles, acostados sin un techo y a veces durmiendo con el estómago lleno solamente de agua. Así habíamos crecido, sin dar problemas y comiendo cualquier cosa que pudiéramos llevarnos a la boca, no éramos de dar problemas, hasta acarreábamos la basura de las gentes y lavábamos carros, aceptando cualquier moneda, se podría decir que éramos aceptados como hijos de la calle.

Eso fue hasta enterarnos de que le habían llegado nuevos regalos a nuestra señora de Salomé, la santa patrona de Xopitlán, ahí donde vivíamos. Escuchamos decir a doña Marcelina que las nuevas vestiduras de la virgen eran de un hilo de plata todo fino, y que su nueva corona y adornos eran del oro más bueno. Nosotros no sabíamos que era eso llamado oro o plata, pero escuchamos que vale mucho, y como ahí la virgen ni los iba a ocupar, quisimos transar todo eso para venderlo y aunque sea comer un tanto, no para hacernos ricos.

De verdad que nosotros no queríamos ser ricos, nomás íbamos a tomar el dinero justito para comprarnos una de esas cabezas en barbacoa que tanto quería probar mi hermano, y lo demás lo íbamos a regresar a la iglesia, palabra que sí.

Igual y fue lo poco que planeamos el atraco, o que nunca en nuestra vida habíamos usado las manos para robar, pero todo este asunto terminó con nuestros cuerpos llenos de tundas y mi hermano muerto. Para empezar, quisimos dar el golpe en la tarde, a plena luz del sol, cuando claramente esas cosas deben hacerse por la noche. Luego entramos así como si nada a la iglesia, sin ninguna discreción, porque a mí me tocaba tirarme al piso y gritar que me dolía la panza para distraer al sacristán y a todo el que estuviera en la iglesia, lo que al principio salió bien hasta que los nervios o qué sé yo le jugaron chueco al perro; apenas escucharon el desmadre de la virgen hecha pedazos en el suelo dejaron de darme atención para dársela a mi hermano con sus manos envueltas en el vestido y en las joyas.

No hubo nada más que hacer ya para él, en cuanto lo vieron todos se le encimaron y arrancaron lo que tenía en las manos a punta de catorrazos; como todos fueron hacia él, tuve chance de salirme corriendo y de ir rogando para no terminar así. Mientras corría, me puse a pensar por qué nos había salido todo mal y al final supe que había sido la virgen de Salomé quien nos castigó por lo que le habíamos hecho.

Por eso cuando me estaban quitando la ropa y preparándose para matarme al lado de mi hermano nomás supe decirle a Dios que le pedía perdón en nombre de los dos.

«“Enséñenle a la perra lo que Dios piensa de los rateros”».

Ya me hacía sin vida, me imaginaba el infierno y todo a lo que le tenían miedo las señoras que van a misa, creía que esa bondad de la que tanto escuchaba también era para apestados como nosotros, por eso volteando a ver al perro quise rezar para salvarnos, pero no hubo nadie que me enseñara a recitar plegarias, entonces solo me quedó chillar y pedir perdón.

Y como si hubieran escuchado mis disculpas, llegaron unos policías a calmar todo el escándalo, diciendo que eso era salvajismo y no sé qué otras cosas, pero el punto es que no me morí ese día.

Me llevaron a un hospital de letras verdes y yo sentí un descanso que nunca había tenido porque, aunque tenía el cuerpo todo molcajeteado, fue la primera vez que dormí en una cama. Entre sueños, pude escuchar una voz diciendo: “Los perros callejeros no están para dejar crías”. Yo pensaba que me iban a llevar a una cárcel o algo así, pero no; apenas pude moverme, a la semana me echaron del hospital, y no hubo policías o nadie para regañarme.

Saliendo de ahí un señor se me acercó y me preguntó si yo era la chamaca que habían golpeado en Xopitlán; me dijo que se llamaba Rogelio y que si no quería irme a vivir con él. Yo le dije que aceptaba, nomás con la única condición de que me enseñara a rezar.

Ya llevo rato viviendo con Rogelio, y gracias a él ya estoy bautizada; se me dio el nombre de Eva, porque Rogelio dice que yo incito al pecado y me leyó la historia de una mujer y una culebra que no entendí mucho, pero me gusta que mi nombre sea Eva porque es muy cortito para escribir; también me está enseñando a leer y escribir.

Me la paso bien aquí, Rogelio me da de comer y me viste, yo lo único que tengo que hacer es limpiar, callarme y hacer la comida: “Cómete esto, Eva, todavía estás muy flaca”, “Ya me voy, limpias todo”, “De aquí no quiero que te salgas”

Eso es lo único que no me gusta; nunca me ha dejado salir ni a la calle ni a ningún lugar desde que me trajo, pero él dice que es mejor así. Y a veces entra en donde duermo y me toca como me tocaba mi hermano cuando me decía que me quería mucho; me acuerdo del perro y me pongo a llorar, pero a Rogelio no le gusta que llore, por eso me tapa la boca hasta que se cansa, se pone su pantalón y me deja dormir.

Pienso que al final la vida no ha sido tan mala conmigo, porque Dios me dio otra chance de salir adelante y mirar el cielo otra vez, aunque llevo meses sin sentir el sol.

## YA NADIE CREE EN LOS SANTOS

Hubieron de pasar seis meses para que Nemesio por fin sacara la cabeza de su madri-guera; lo vi entrando a lo que era la casa de la que se creía era su hermana, llevaba unas bolsas en lo mero oscuro de la noche. Se veía nervioso; apenas metió el paquete se aseguró de no ser visto y pegó el portazo para no volver a ver el sol hasta el día en que se murió. Yo lo vi desde la azotea mientras me echaba un gallo, y si al principio no dije nada fue por el miedo a que pensarán que de tan mariguano que me pongo ya ando viendo cosas. Pero al otro día se hizo una juntada para hablar de una buena vez sobre el padre Nemesio.

Fue ahí donde supe toda su verdad; resulta que se bailó sabroso a todo el pueblo con el dinero de la remodelación de la iglesia, luego ya no se volvió a saber de él.

Yo sabía que él era muy mañoso para ser cura, cuando en tiempos de votos el maiceado nos decía por tal o cual fulano votar, o las veces que con sus ojos de hambreado no tardaba en desvestir a las muchachitas con la mirada. Eso no se lo aguantan a uno, pero a él, por ser hombre de Dios, se le perdona todo.

La reunión acabó en minutos, apenas se tocaron unos cuantos temas y tuvo que terminar. Era miércoles, y los miércoles pasa la gente de Don Emilio a cobrar el piso, todos tenían que irse para reportarse con el pago.

Yo me arrimé a la tortillería de don Yeme para ver si tenía algunas tortillas duras que pudiera convidarme, pero ni hablarle pude; me tocó levantarlo después de la zarandeada que le dieron los matones de Don Emilio. Otra vez no había cumplido con la cuota. Se llevaron a su esposa y le dijeron que para soltarla tenía que dar el triple del pago la siguiente semana, por eso don Yeme estaba soltando mares por los ojos, ya ni me dieron ganas de pedirle para un taco.

Esa misma noche se hizo otra reunión para tratar dos temas; la fuga de Nemesio y las cuotas de Don Emilio, porque resultó que hubo más casos como el de don Yeme; Fidel, por ejemplo, sí cubrió con su cuota de la semana, pero no dio los pagos atrasados y por eso le balancearon su recaudería; Don Manuel fue otro de los que terminaron golpeados porque no cubrieron con el pago, lo que pasa es que ya nadie tiene dinero para comprar en su carnicería. Solo doña Ángeles intentó ponerles un alto; dijo que ya estaba harta, que así no se podía vivir y que le hicieran como quisieran, pero que dinero ya no les iba a dar. Y así fue, ya no va a dar ni un peso porque los muertos no pagan piso.

Yo no entendía cómo le habían soltado tanta feria al padre estando en una situación así, hasta que supe que se pensaba dedicar el templo a san Miguel Arcángel. Todos tenían fe en que el santo los protegería del demonio de Don Emilio.

No sé de dónde me salieron ganas ni por qué lo hice, pero alcé la mano para decir lo que había visto de Nemesio. Y dicho y hecho; al principio nadie me creyó, que de tanta porquería ya alucinaba cosas, y que no sería tan tonto para esconderse en un lugar tan obvio. Ya sin esperanza, no les quedó otra más que hacerme caso.

Fueron todos de una a rodear la casa de su hermana, que de antemano se sabía que no era su hermana sino su mujer. Ella falleció en cuanto dio a luz al hijo de Nemesio.

Tumbaron la puerta y encontraron al cabrón durmiendo; lo llevaron arrastrando a la calle y él berreando gritó la razón de sus acciones. Que según su hijo estaba enfermo de muerte, él no podía pagar los tratamientos. La ausencia de su mujer lo dejó como perro de mercado y con las limosnas de la iglesia nomás no le alcanzaba

para sobrevivir. No hubo de otra más que robar, esa fue la razón de su pecado. Dijo que había pasado todas las noches rezando para que Dios y todos lo perdonaran, y que entendía que había obrado mal, pero no encontraba otra manera.

Yo no soy de rezar ni hablarles a las imágenes, creo ni bautizado estoy, pero podría decirse que el de arriba le aplicó lo que llaman justicia divina; el chamaco estaba tan jodido que cuando tuvo todo el dinero ya era muy tarde. El cura era ahora viudo y sin hijos.

Gritó que nomás quería regresar el dinero, por eso había vuelto, para enmendar su fe y no irse al infierno, pero no sabía cómo; y ahí estaba ahora, ruegue y ruegue, con toda la gente oyendo, suplicándoles perdón. Eso a la gente poco le importó. Se lo madrearon hasta que dijo dónde tenía escondido lo robado, y otro rato más porque la banda seguía encabronada.

Se acordó llevar a Nemesio ante las gentes de Don Emilio con todo y el dinero. De camino a su tumba se la pasó rogando perdón con plegarias y lágrimas, pero eso no sirvió de nada. Las gentes del pueblo pensaron que el tirano vería la entrega de Nemesio como un buen gesto, pero nada de eso. Apenas lo soltaron les quiso echar su cuento a los matones, pero no hubo chance; una bala le atravesó la cabeza y ahí quedó muerto. Resulta que también le debía dinero a Don Emilio y ya tenía su muerte comprada desde hace un rato. Solo tomaron el dinero y se retiraron para llevárselo a su patrón. Todo siguió igual, si no es que peor.

Peor para todos, menos para mí. Después de que supieron quién dio razón de Nemesio me ofrecieron jale cobrando el piso y moviendo la mercancía del señor Emilio, así que aquí ando en la movida. Ahora sí me va bien, ya no tengo que comer las sobras de don Yeme.

Y de la iglesia, quedaron nomás los ladrillos y varillas ahí arrumbados. Ahora nadie en el pueblo reza, yo creo se dieron cuenta que no hay chingados santos que nos salven de nuestros males.

**GERARDO SÁNCHEZ.** Escritor apasionado por explorar la condición humana a través de la poesía y la narrativa. Su obra se caracteriza por un enfoque social y un estilo directo, influenciado por autores como Juan Rulfo y Albert Camus, ha destacado por su capacidad de plasmar la soledad y la denuncia social en sus escritos. Actualmente, trabaja en un proyecto literario que busca conectar la literatura con la fotografía conceptual.

*Recibido:* 1 de mayo de 2024

*Aprobado:* 3 de septiembre de 2024